



S. LÁZARO, O. Y. M.

hacernos amar á Dios cada dia mas ; y que no tenemos mérito, ni valemos nada si no amamos á Dios. Hé aquí el blanco á que deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales. Excitate á este amor de Dios tierno y afectuoso ; acostúmbrete á decir frecuentemente por el dia y por la noche : yo os amo, Dios mio. Procura hacer todas tus buenas obras por amor de Dios. Si visitas los pobres enfermos ó encarcelados , si perdonas las ofensas , si das limosna , haz todas estas cosas como otras tantas pruebas que das á Dios del amor que le tienes.

2. Piensa á menudo en tus meditaciones cuán digno es Dios de ser amado ; cuán infelices son los que no le aman , y cuán felices los que le aman. Convéncete bien que toda nuestra fortuna consiste en amar á Dios, y que sin este amor no somos nada , aunque fuésemos los primeros hombres del mundo : *sine charitate nihil sum*. Enseña frecuentemente á tus súbditos y á tus hijos esta importante leccion : pidele á Dios su amor en todas tus oraciones ; y en cada comunión dile á Jesucristo con san Pedro : *Señor, vos sabeis que os amo* : ó con san Agustin : *Me atrevo á decir, Señor, que estoy cierto que os amo*. Finalmente, haz todos los dias esta bella peticion de san Ignacio : Dame, Señor, solo tu amor con tu gracia , y soy bastante rico , y estoy contento.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN LÁZARO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Lázaro , aquel hombre de milagro , á quien Jesucristo llama su amigo , *Lazarus amicus noster* ; y á quien este divino Salvador amaba con una ternura que era conocida de todo el mundo : *Ecce quem amas*,

era originario de Betania, que era una aldea distante una legua corta de Jerusalem, residencia ordinaria de su familia, muy distinguida entre los judíos del país, ya fuese por los grandes bienes que poseía, ya por su nobleza y antigüedad. San Antonio dice que su padre se llamaba Siro, y su madre Eucaria, los cuales tuvieron tres hijos, Lázaro, que era el primogénito, y dos hijas, Marta y María. Habiendo muerto el padre y la madre, los hijos dividieron los bienes entre sí. Se dijo en la vida de santa Magdalena que Lázaro y Marta heredaron los que tenían en Betania y al rededor de Jerusalem, y que las tierras y el castillo de Mágdalo ó Magdelon, que estaban en la Galilea, fueron la herencia de María.

- No se sabe á punto fijo el tiempo en que esta afortunada familia tuvo la dicha de conocer á Jesucristo por el Mesías tan ardientemente deseado y por tanto tiempo esperado; ni tampoco cuando empezaron á seguirle. Es muy probable que fué una de las primeras de Judea que descubrió este tesoro escondido; y que Lázaro que tenia una vida tan regular segun la ley, de quien, á causa de la pureza de sus costumbres, se podia decir lo que el Salvador dijo de Natanael, que era un verdadero israelita, en quien no había dolo ni doblez; es probable, digo, que Lázaro, que era un hombre de bien y temeroso de Dios, y esperaba la consolacion de Israel, apenas hubo oido hablar del Salvador, ó apenas le hubo visto, cuando se hizo su discípulo. Marta, que era una doncella muy ejemplar, siguió bien pronto el ejemplo y los consejos de su hermano; y si María no tuvo tan pronto parte en la misma dicha, reparó bien esta pérdida por su extremado amor y por la rigurosa penitencia, de que fué un pasmoso ejemplo en adelante.

Las instrucciones del Salvador hicieron maravillosas impresiones en el corazon y en el espíritu de Lázaro,

Encontrando esta divina palabra una tierra tan bien preparada, es decir, una alma casta y un corazon noble y generoso, produjo abundantísimos frutos. Derramando el Hijo de Dios con abundancia sus gracias sobre el hermano y la hermana, los hizo bien pronto dignos de su benevolencia y cariño. No pasaba ninguna vez por Betania Jesucristo, que no viniese á hospedarse en casa de este discípulo privilegiado. Las conversaciones familiares que tenia con el Salvador encendieron en su corazon un amor para con él de los mas ardientes y mas tiernos. La misma castidad que hacia de san Juan el discípulo amado, hacia de san Lázaro el amigo de corazon, sin que esta predileccion del Salvador causase los menores zelos entre los discípulos, ganando y previniendo á todo el mundo en su favor la mansedumbre, la humildad y la modestia de nuestro santo. Su casa servia de retiro al Salvador cuando predicaba en las inmediaciones, en la cual tomaba su refeccion, y dormia por la noche. El hermano y la hermana eran demasiado estimados del Salvador para no alcanzar la conversion de María, su hermana menor. Como esta moraba en su castillo de Magdelon en Galilea, no se habia aprovechado de las visitas de Jesucristo; por otra parte su vida licenciosa era un grande obstáculo para que la gracia obrase en su corazon: pero las oraciones de Lázaro y Marta consiguieron la conversion de una pecadora, en cuya salvacion estaban tan interesados. El Hijo de Dios oyó favorablemente sus afectuosas plegarias; y predicando en Betsaida y en Cafarnaum, pueblos vecinos al castillo de Magdelon, fué María á oírle, y se convirtió. Se sabe la generosidad y el ruido con que ella misma publicó su conversion; la que sin duda fué una de las mas insignes conquistas de la gracia. La amistad que tenia el Salvador con su hermano fué causa de la dicha de la hermana, la que desde aquel

punto dejó su tierra de Magdalon para vivir en casa de sus padres, donde tenia la dicha de ver mas á menudo al Salvador, y aprovecharse de sus santas instrucciones.

Hacia los principios del año treinta de Jesucristo cayó Lázaro peligrosamente enfermo en Betania. Sus dos hermanas, sobresaltadas á vista del peligro, hicieron saber al Salvador la enfermedad de su hermano por un expreso, el que no le dijo sino estas palabras de parte de entrambas: *Señor, mirad que el que amais está enfermo.* Jesucristo se contentó con responderles por el mismo mensajero, que la enfermedad de su hermano no debía darles cuidado, que no moriria de ella absolutamente, que Dios queria ser glorificado en ella, y que con motivo de esta enfermedad glorificaria el Señor maravillosamente á su Hijo. Esta respuesta serenó por algun tiempo á las dos hermanas; pero se sorprendieron mucho al ver que la enfermedad se aumentaba, y que no venia el soberano Médico. En efecto, el Salvador permaneció todavia dos dias en el lugar donde estaba, y no partió hasta que conoció que su amigo habia muerto. Entonces dijo á sus discípulos: *Volvamos á Judea.* Ellos le respondieron al punto: *Señor, ¿cómo te atreves á volver tan pronto á un pais donde hace tan poco tiempo que te querian apedrear?* Nuestro amigo Lázaro duerme, replicó el Salvador, y quiero ir á despertarle. No comprendiendo los discípulos su pensamiento, le dijeron: *Si duerme es buena señal, él escapará de esta enfermedad; imaginándose que hablaba del sueño ordinario, tan saludable á los enfermos; pero Jesucristo hablaba de la muerte de Lázaro.* Entonces les dijo abiertamente: *Lázaro ha muerto, y me alegro de no haberme encontrado en su casa antes que muriera, por tener ocasion de afirmaros en la fe con el mas estupendo milagro, del que vais á ser*

testigos: vamos á verle en el estado en que está. Partió, pues, Jesus para Betania, y aparentó que no iba sino á cortas jornadas. Luego que estuvo cerca, vinieron á decirle que Lázaro habia ya muerto, y que ya habia cuatro dias que estaba enterrado. Como Betania no estaba lejos de Jerusalem, habian venido muchas personas de los alrededores á consolar á Marta y á María, y á llorar con ellas la muerte de su hermano. Pero ellas esperaban de otra parte su consuelo; solo Jesus podia enjugar sus lágrimas. En efecto, luego que supo Marta que venia, dejó prontamente á su hermana y á toda la visita para ir á recibirle; y al punto que le vió, le dijo llorando: *Señor, si hubieras estado aqui, no hubiera muerto mi hermano; pero con todo no desespero de verle resucitado. Tu hermano resucitará, le dijo Jesus. Sé, replicó Marta, que resucitará en el último dia, cuando se obrará la resurreccion general. ¿No sabes, le dijo el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida? ¿dónde está tu fe?* Ella, sin replicar, se fué corriendo á casa á avisar á su hermana la llegada de su divino Maestro, diciéndole al oido que habia llegado Jesus. María se levantó al punto, y se fué á encontrarle. Viéndola partir con tanta precipitacion los que habian ido á visitarla, la siguieron, creyendo que iba á llorar sobre la sepultura de su hermano. María encontró al Señor fuera del lugar, y arrojándose á sus piés, le dijo: *¡Ah, Señor! ¿dónde habeis estado? ¿qué falta nos habeis hecho!* Si hubiérais estado aqui, no hubiera muerto mi hermano. Dichas estas palabras, empezó á llorar, y los judíos que la acompañaban tampoco pudieron contener sus lágrimas.

Este triste espectáculo enterneció al Salvador de modo, que la emocion de su corazon se manifestó en el rostro. ¿Dónde le habeis enterrado? les dijo, queriendo con esta pregunta excitar mas su fe y su con-

fianza. Venid, Señor, respondieron las dos hermanas; venid á ver donde está enterrado. A estas palabras, no pudo el Salvador contener sus lágrimas; lo cual hizo decir á los judíos: Mirad cómo le amaba; y aun hubo algunos que dijeron: Este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, y que hizo tantos milagros, ¿no podia haber hecho que Lázaro no muriese? Fué, pues, Jesus al sepulcro, que era una caverna en una roca, cubierta con una gran piedra. Su ternura no pudo menos de prorumpir en algunos suspiros; luego mandó que se quitara la piedra que cubria la sepultura. A este tiempo le dijo Marta que habia ya cuatro dias que estaba enterrado, y que no podia dejar de oler mal; á lo que respondió el Señor: No temas; ¿no te he dicho ya que si tienes fe verás la gloria de Dios? Se quitó, pues, la piedra; y entonces Jesu cristo, levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, gracias os doy porque me habeis oido; pues, aunque sé muy bien que siempre me ois, mas he dicho esto por los que están aqui presentes, para que crean que vos me habeis enviado, y para que su fe se avive y aumente. Despues de estas palabras dijo en voz muy alta: Lázaro, sal del sepulcro. Esta palabra volvió la vida y el movimiento al difunto, el cual se levantó, salió y empezó á andar; pero como todavía tenia atados los piés y las manos con las vendas, y el rostro cubierto con el sudario con que habia sido enterrado, mandó Jesus que le desataran y le quitaran el sudario. Un milagro tan portentoso llenó de admiracion á todos los que se hallaban presentes, los cuales levantaron las manos al cielo, exclamando cada uno: Este es el verdadero hijo de Dios; este es el Mesias prometido á los hombres. La fama de este prodigio llegó bien pronto á Jerusalem, y se extendió por toda la Judea con tanto mayor publicidad, quanto Lázaro era hombre de representacion, y muy conocido en

toda la provincia. Su muerte habia hecho mucho ruido; pero su resurreccion dió todavía mas golpe. De todos los alrededores venian las gentes en tropas á ver esta prueba sensible de la venida del Messias. No se hablaba en todas partes de este nuevo Profeta sino con admiracion, y todo el mundo empezó á creer en él; lo cual excitó todavía mas contra él el odio en los escribas y fariseos.

Despues de este gran milagro, queriendo el Salvador evadirse de la multitud de gentes que acudian á él todos los dias, se retiró con sus discípulos á Efren, ciudad inmediata al desierto de Judea. Pero seis dias antes de la última pasea que celebró con sus discípulos, queriendo acercarse á Jerusalem, volvió á Betania, donde fué convidado á comer por uno de los mas ricos vecinos, llamado Simon. Lázaro fué uno de los convidados, y uno de los principales del convite; y como se hubiese esparcido por todo el país la llegada del Salvador á Betania, fueron allá muchos judíos, no solo por tener la satisfaccion de oír á Jesu cristo, sino tambien por ver á Lázaro con sus propios ojos. Este hombre vuelto del otro mundo era un predicador que, sin hablar palabra, daba á conocer á todo el pueblo el poder y la santidad del que le habia dado segunda vez la vida. Sola su presencia daba tanto golpe en el corazon de muchas personas, que, convencidas de la verdad, renunciaban y se desengañaban de los errores de los saduceos, y daban de mano á las supersticiones judaicas. Nuestro santo, que era uno de los mas fieles y mas zelosos discípulos de Jesu cristo, no contribuia poco á estas conversiones con sus exhortaciones y su presencia.

Los príncipes de los sacerdotes concibieron tanta rabia contra Lázaro, que, mirándole desde entonces como su enemigo, porque era el mayor amigo del Salvador, resolvieron deshacerse de él. Sin duda hu-

bieran ejecutado su pernicioso designio, si no hubiesen temido dar al Salvador ocasion de hacer un nuevo milagro que los confundiera y abochornara mas. Creyeron que era menester comenzar por hacer morir al que habia resucitado á Lázaro; y esto es lo que ejecutaron pocos dias despues.

El Evangelio no nos dice nada mas de nuestro santo. Es cierto que entre todos los discípulos de Jesucristo, fué san Lázaro uno de los que tuvieron mas parte así en las humillaciones como en su gloria. La ternura con que el Salvador le amaba, y el amor que nuestro santo tenia al Salvador, el insigne beneficio que habia recibido de él, y su fidelidad constante en seguirle, le hicieron muy sensible á los dolores é ignominias de su muerte, como tambien á la gloria de su triunfo. Amándole san Lázaro tan extremadamente, no se duda que sería uno de los testigos ordinarios de sus apariciones despues de su resurreccion, y que recibiria el Espíritu Santo con los apóstoles y demás discípulos el dia de Pentecostés. Habiendo el furor de los judios contra los discípulos de Jesucristo hecho morir á san Estéban el primero de los mártires, se excitó una furiosa persecucion contra todos los fieles, en la que fueron echados de Jerusalem, y la mayor parte precisados á salir de Judea; pero la rabia de los principes de los sacerdotes, y de todos los que ocupaban los primeros puestos entre los judios, descargó con mas particularidad contra Lázaro y su familia. Ninguna cosa los confundia mas, ni probaba mas invenciblemente que habian quitado la vida al Mesías, al verdadero Hijo de Dios, que este hombre resucitado, mientras estuviere en vida. El hacerle morir era un delito que manifestaba su injusticia y su impiedad. Era Lázaro un hombre de calidad, irreprochable en sus costumbres, que no podia tener otro delito que el ser amigo de Jesucristo, y el

haber sido resucitado por medio del mas insigne milagro. Dejarle en la Judea era dejar una prueba viva de la divinidad del Salvador, y de su horrendo deicidio; y así tomaron el partido de hacer desaparecer á Lázaro y á sus hermanas, que durante la sublevacion del pueblo de Jerusalem contra los fieles se habian retirado á Jope, hoy Jafa, ciudad marítima, distante seis ó siete leguas de Jerusalem; y habiéndolos metido en una nave muy maltratada, sin timon, sin mástiles, sin pertrechos, con todos los fieles que se encontraron con ellos, los expusieron de esta suerte á un evidente naufragio. Esto nos dicen muchos antiguos manuscritos, fundados en una antigua y piadosa tradicion, como se dijo en la historia de la vida de santa Magdalena y de santa Marta.

La divina Providencia, que saca siempre su gloria de los designios mas siniestros y mas malignos de los enemigos de Jesucristo, permitió que esta nave aportase dichosamente á las costas de Marsella. Esta maravilla aturdió á aquellos pueblos gentiles, naturalmente corteses y tratables, y dispuso los espíritus para oír á unas gentes á quienes protegía el cielo de una manera tan visible. No se duda que los apóstoles consagraron obispos á la mayor parte de los discípulos de Jesucristo, antes de esparcirse por el universo; y sobre todo á Lázaro, como que era el mas ilustre y mas privilegiado de todos los discípulos. Luego que esta santa colonia de héroes cristianos desembarcó, anunciaron la fe de Jesucristo en aquella célebre ciudad, que despues de Roma era de las mas considerables del mundo seiscientos años habia. San Lázaro, que sabia bien que Dios le habia destinado para ser apóstol de ella, y su primer pastor, dió desde luego muestras de su zelo. Marsella era á la sazón muy célebre, no solo por su antigüedad, sino tambien por sus victorias, por su alianza con los Romanos

y por su academia. Las ciencias y las artes florecian en ella, y habia un gran número de personas hábiles, á quienes se confiaba la educacion de la juventud de todas las Galias y aun de Roma; lo que adquirió á Marsella el nombre de ciudad de las ciencias, y á los antiguos marselleses la gloria de haber civilizado casi toda la Galia, y haber aumentado y dado lustre á la religion. A esta ilustre ciudad fué á quien dió el Señor por primer obispo á san Lázaro, su grande amigo. El buen acogimiento que hacian á los extranjeros en ella, dió á nuestro santo toda la libertad de anunciar á sus habitantes las divinas verdades del Evangelio: oyéronle con gusto al principio, y muy pronto con admiracion: un aire noble y agraciado, unos modales suaves, afables y corteses; una religion tan pura, tan santa, tan racional; una moral que, reglando el corazon y el entendimiento, rectificaba la razon; una doctrina sostenida y confirmada con toda especie de milagros: todo esto hizo triunfar en breve la fe de Jesucristo, y convertirse á ella un prodigioso número de personas. San Lázaro veia aumentarse todos los dias su rebaño: su maravilloso zelo consiguió que en menos de un año se levantase la religion cristiana, y se fundase en todas partes sobre las ruinas del paganismo. Se vió cuánto contribuyeron á esta milagrosa obra santa Magdalena y santa Marta con sus palabras y sus ejemplos. El célebre templo de Diana, convertido con el tiempo en una iglesia con el titulo de Nuestra Señora la Mayor, que es la catedral, es un augusto monumento de este insigne triunfo del cristianismo sobre los paganos, y del prodigioso zelo de san Lázaro. En el siglo cuarto se creia ya que tenia treinta años cuando fué resucitado, y las actas de la iglesia de Marsella le dan treinta años de obispado, durante los cuales el santo obispo hizo un prodigioso número de conversiones, derribó

muchos templos dedicados á los falsos dioses, é hizo pedazos una pasmosa multitud de ídolos.

Se cree que fué en el imperio de Vespasiano cuando el procónsul, que habia sido enviado á Marsella por gobernador, infatuado de las supersticiones paganas, solicitado por los sacerdotes de los ídolos, rabiosos por ver su reputacion y sus rentas reducidas á nada despues que san Lázaro convirtió á la fe de Jesucristo una parte de la ciudad, mandó prender al santo obispo, y habiéndole hecho comparecer ante su tribunal, le echó en cara con un tono áspero todo lo que habia hecho contra la religion y el culto de los dioses del imperio. Despues, con un aire colérico y dominante, le dijo: Es preciso, ó que sacrifiques á nuestros dioses, ó que pierdas la vida en medio de los mayores suplicios. Por lo que mira al sacrificio, respondió el santo, no puedo ofrecerle sino al verdadero Dios; y tú, señor, tienes demasiadas luces para no ver que los que llamas tus dioses no merecen sacrificios: por lo que mira al último suplicio con que me amenazas, sé que no me puede suceder cosa mas dulce ni mas gloriosa que el dar la vida por aquel que me la volvió á dar á mí despues de haberla perdido, y que se dignó morir por mí para que yo viva eternamente. El prefecto, irritado con esta generosa respuesta, le hizo despedazar con látigos armados de puntas de hierro, con tanta crueldad, que su cuerpo quedó hecho todo una llaga. Acabado este cruel suplicio, le encerraron en un horrible calabozo: se creyó que este tormento le hubiera hecho negar la fe; pero habiéndole preguntado de nuevo el prefecto si permanecia todavía en su creencia, y habiéndole encontrado siempre mas inflexible, le hizo atar á un poste, y atravesar con una multitud de flechas; mas Dios le conservó la vida en medio de este suplicio. Cada llaga, dicen las actas de su martirio, era

una boca que publicaba la gloria y el poder de su Dios. Le aplicaron despues sobre el cuerpo planchas de hierro hechas ascuas : el tormento era espantoso ; pero la constancia del santo no se disminuyó ni aflojó un punto. Finalmente, corrido el juez de verse vencido de la paciencia heróica del santo , mandó que le cortaran la cabeza , lo que se ejecutó el dia 17 de diciembre del año 76 de nuestro Señor Jesucristo , á los setenta y tres de su edad , y treinta de su obispado. Su cuerpo fué enterrado por los cristianos en una cueva con los ornamentos pontificales de que se servia en la celebracion de los divinos misterios. Se ve todavía el horrible calabozo donde fué encerrado en el célebre monasterio de religiosas de San Benito , llamado San Salvador , delante del cual está la plaza donde le cortaron la cabeza.

Se guarda con mucha veneracion en la iglesia catedral de Marsella la cabeza de san Lázaro en un relicario de plata sobredorado , que pasa por el mas rico y de mas bello gusto que hay en Francia. Se asegura que el año 957 el resto de sus reliquias se llevó á Autun por el obispo Vivaldo , en el reinado de Lotario , rey de Francia. Lo cierto es que se conserva en Marsella , en la misma caja donde está la preciosa cabeza , un escrito muy antiguo , hecho por un sacerdote que parece haber sido sacristan de esta iglesia , y firmado por dos testigos , en que afirman que , habiendo sabido que querian llevarse el cuerpo de san Lázaro , el sacerdote habia quitado secretamente la cabeza , y habia sustituido otra en su lugar. Este escrito , que se leyó durante la visita de la catedral que hizo monseñor Guillermo de Veintimilla de Luco , entonces obispo de Marsella , y despues arzobispo de París , tiene todas las señales de autenticidad que se pueden desear en uno de los mas antiguos testimonios. Habiendo sido el obispado de Marsella bajo san

Lázaro , su primer obispo , la silla mas antigua , hubiera debido ser , al parecer , uno de los primeros de las Galias , si la Iglesia no hubiera seguido , por decirlo así , en la economía y distribucion de las sillas episcopales , el orden y distribucion de la magistratura romana. San Lázaro ha tenido ilustres sucesores , entre los cuales se cuentan veinte y uno reconocidos por santos. Las crueles persecuciones contra los fieles , que dieron á la Iglesia tantos millones de mártires desde el año 180 hasta el 306 , han hecho perder el nombre de un gran número de ilustres prelados que gobernaron esta iglesia durante aquel largo intervalo. Sin embargo , se cuentan ciento y seis grandes obispos , que nos son conocidos desde san Lázaro hasta monseñor Enrique Francisco Javier de Belsunce de Castel Moron , que ocupó esta silla con tanta dignidad , y fué uno de los mas brillantes ornamentos del obispado , no tanto por la nobleza y fama de su nombre , cuanto por su zelo ardiente por la religion , por la efusion generosa de su inagotable caridad , por su eminente ciencia , y por la tierna piedad con que edificó á toda la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Eleuterópolis en Palestina , san Florian , san Colónico y cincuenta y ocho de los compañeros de entrambos , mártires , los cuales en tiempo del emperador Heraclio fueron muertos por los Sarracenos en odio de la fe de Jesucristo.

En Marsella de Francia , san Lázaro , obispo , aquel que , segun el Evangelio , fué resucitado por Jesucristo nuestro Señor.

En Roma , san Juan de Mata , fundador del orden de la Santísima Trinidad , de la Redencion de Cautivos , cuya fiesta se celebra el dia 8 de febrero , en virtud de un decreto del papa Inocencio XI.

En Bigarden, cerca de Bruselas, santa Vivina, virgen, cuya brillante santidad es comprobada con frecuentes milagros.

En Constantinopla, santa Olimpiada, viuda.

En Anden en las Siete Iglesias, santa Bega, viuda, hermana de santa Gertrudis.

El mismo día, la traslación de san Ignacio, obispo y mártir, que fué el tercer sucesor del apóstol san Pedro en el gobierno de la iglesia de Antioquia. Su cuerpo, trasportado á Roma, donde habia padecido bajo Trajano, en Antioquia, fué depositado en el cementerio de la iglesia, fuera de la puerta de Dafné. En el día de su fiesta san Juan Crisóstomo pronunció un discurso al pueblo. Con el tiempo fueron de nuevo trasportadas sus reliquias á Roma, y colocadas con la mayor veneracion en la iglesia de San Clemente, con el cuerpo de este bienaventurado papa mártir.

En Cunaud en Anjou, san Mezencelo, confesor, patron de Saugé en el mismo país.

En Guingamp en Bretaña, san Briaco, abad.

En Luxemburgo, la venerable Yolenda, hija de un conde de Vianes, en las Ardenas.

En Africa, los santos mártires Clemenciano, Masario y otros.

El propio día, los santos mártires Dióscoro, Justiano y otros cuatro.

En Inglaterra, santa Teta, abadesa.

En Fulda, san Esturmes, primer abad de aquel famoso monasterio, canonizado por Inocencio II.

La misa que se dice en honra de este santo es del comun de un mártir pontífice, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Lazarum Christi discipulum quadriduum mortuum suscitatum, pontificio et martyrio decorasti: O Dios, que, despues de haber resucitado á san Lázaro, discipulo de Jesucristo, muerto y enterrado cuatro días habia,

concede nobis ejus meritis, á peccatis resurgere, et vita aeterna gaudere. Per eumdem Dominum nostrum...

le honraste con el obispado y el martirio; concédenos por sus méritos que resucitemos de nuestros pecados, y gocemos de la vida eterna. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Charissimi : Beatus vir, qui suffert tentationem : quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam remisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam á Deo tentatur : Deus enim intentator malorum est ; ipse autem neminem tentat. Unusquisque verò tentatur á concupiscentia sua abstractus et illicitus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum ; peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum, et omne donum perfectum, desursum est, descendens á Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Carisimos : Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios ; porque Dios no es tentador de cosas malas : pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscentia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscentia, habiendo concebido, pare el pecado ; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No queráis, pues, errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

« Santiago dirige su carta á todos los judíos convertidos á Jesucristo, que estaban fuera de la Judea